auxilio de un lego italiano, criado en España, llamado Fr. Daniel, primer maestro que los naturales tuvieron en el arte de bordar, se estableció esa nueva industria, en que sobresalieron los indios, porque como ya habia entre ellos maestros tan señalados en las labores de pluma, combinaron ese hermoso arte con el que de nuevo aprendieron, y producian labores primorosas, perfeccionadas con el conocimiento de las reglas del dibujo. Por iguales términos se ejecutaban allí los demás objetos necesarios para las iglesias, y se establecieron tambien talleres de artes mecánicas donde trabajaban canteros, herreros, carpinteros, sastres, zapateros, y otros. Ya se entiende que todos esos oficios no podian ser ejercidos por los niños de la escuela, porque ni su edad ni sus ocupaciones lo permitian, sino por otros indios mayores que el buen padre recogia y enseñaba. Asegura un cronista, y bien puede creerse, que á no haber sido porque desde el principio aquel santo religioso cuidó de que los indios se perfeccionasen en los oficios que ya sabian, y aprendiesen los nuevamente introducidos por los españoles, nada hubieran adelantado á lo que sus antepasados sabian. Porque sobre estar aturdidos los indios con las guerras y calamidades pasadas, los artesanos españoles, muy léjos de procurar enseñarles lo que sabian, les ocultaban cuidadosamente los secretos de sus oficios, porque una vez dueños de ellos los indios, trabajaban mucho más barato, como hoy dia sucede, y quitaban á los españoles las crecidas ganancias que sacaban del monopolio, por ser pocos ó únicos los de cada oficio. Fr. Pedro no se contentaba con enseñar lo que podia, sino que ayudaba de buena gana á los indios en sus diligencias para sorprender los secretos de los artesanos españoles à quienes servian de oficiales ó criados; y con tal motivo se cuentan anécdotas curiosas que muestran bien cuánto era el empeño de los indios por aprender, y la facilidad con que lograban imitar los artefactos de los extranjeros. Completaba el gran establecimiento de nuestro Fr. Pedro, una pequeña celdilla á donde á ratos se retiraba á recogerse y cobrar nuevas fuerzas en la oracion; pero sin perder nunca de vista á sus discípulos.

VI.

Admira ciertamente la disposicion que mostró Fr. Pedro para enseñar artes que no sabemos hubiese aprendido. Tal vez en su juventud, cuando vivía en el mundo, se instruiría en algunas de ellas, como la música y el canto; pero no es creible que en todas, y ménos en las puramente mecánicas. No aparece que en la escuela de San Francisco hubiese otros catedráticos y maestros, que el mismo Fr. Pedro y algunos de sus compañeros de hábito, como los padres Basacio y Caro, y el lego Fr. Daniel. No podía ser de otro modo, porque no se contaba con renta para pagar maestros seglares. Verdad es que la construccion de los edificios corría entonces á cargo de los indios; pero como tan pobres, no podian dar sino su trabajo. Fr. Pedro pedia limosnas para sus educandos, y no bastándoles, solicitaba del rey un corto auxilio en maíz y dinero. El Emperador concedió una limosna, que no sabemos á cuanto ascendia, librada en penas de cámara, ó sea multas; pero como no las habia, resultó ilusoria la merced. Por lo visto, el parentesco de Fr. Pedro de Gante no sirvió de mucho para que el Emperador favoreciese la escuela.

Dependencia de ella, aunque no contígua, era la enfermería que construyeron los frailes para curar á los niños que se educaban en el monasterio, y tambien para los que de fuera viniesen. Con ese objeto pidieron al Ayuntamiento un sitio al otro lado de la acequia que corría por la calle de S. Juan de Letran, y es el mismo donde despues estuvo el colegio de ese nombre. En 12 de Julio de 1529 concedió el Cabildo ese terreno, y los frailes, con ayuda de los indios, edificaron un hospital tan grande, que á veces había en él trescientos y cuatrocientos enfermos. Fr. Pedro corría tambien con esa casa, le procuraba limosnas, y la recomendaba al Emperador, pidiendo con instancia que se le asignase alguna renta. Pero poco despues, habiéndose resuelto la fundacion de un colegio para *mestizos*, se tomó aquel edificio, con promesa de dar á los frailes otro equivalente para

el hospital, lo que no llegó á tener efecto.

En nuestra época de afan, más ruidoso que sincero, por el aumento de la instruccion pública, y cuando anunciamos á són de trompeta la apertura de una triste escuela de primeras letras, antes mala que buena, no conocemos ni admiramos como debiéramos los gigantescos esfuerzos de aquel pobre lego, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenia durante medio siglo una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento que era á un tiempo escuela de primeras letras, colegio de instruccion superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro completo de civilizacion. Calcúlese lo que costaría hoy al erario un establecimiento semejante; el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría, y no podrémos ménos de llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes, dirigidos por un lego, hacían todo aquello, que solo era una pequeñísima parte de sus imponderables trabajos apostólicos.

VII.

Antes de resolverse á consagrar enteramente su vida á la enseñanza, sintió el P. Gante graves tentaciones de abandonar la penosa tarea y volverse á su patria; pero acudiendo á la oracion, logró triunfar de sí propio, y prosiguió incansable, instruyendo y civilizando á los indios. Correspondian estos cordialmente al afecto que les mostraba el padre: le preferían á todos los demás religiosos, por caracterizados que fuesen: le obedecian gustosos en cuanto les mandaba: á él acudian en todos sus negocios y trabajos, como á verdadero padre, de manera que realmente de él dependia el gobierno de los indios de México y su comarca; tanto que el Sr. Arzobispo Montúfar, inmediato sucesor del Sr. Zumárraga, solía decir: "Yo no soy arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante." Más claramente se vió cuando á consecuencia de cierto falso testimonio que levantaron al padre, fué desterrado á Tlaxcala, donde permaneció poco tiempo, por haberse probado muy pronto su inocencia. Obtenido el permiso de volver, quiso embarcarse en Tezcoco para entrar de noche á México, y excusar el recibimiento que los indios le preparaban; pero no fué tan secreta la resolucion, que los indios no la supieran, y salieron á encontrarle con gran flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, en que simularon un combate naval, y luego le llevaron hasta su aposento entre danzas y regocijos. Aun despues de muerto conservaron de él grata memoria. El cronista refiere que una india tenia por devocion vestir algunos frailes; y habiendo llegado una vez con seis hábitos, dijo al P Fr. Melchor de Benavente, encargado de la capilla de S. José, que los diera á seis religiosos que nombró, y entre ellos á Fr. Pedro de Gante. Díjole entonces el P. Benavente: "Hija, ¿no sabes que Fr. Pedro es difunto?—Sí lo sé, replicó la india; pero yo doy este hábito á Fr. Pedro: dálo tú á quien quisieres." De esa manera, á fuerza de beneficios, logró el P. Gante cambiar el carácter de los indios, de quienes decía en su primera carta, que no hacian cosa alguna, sino compelidos, y que era imposible sacar nada de ellos por halago y dulzura; lo cual atribuia á que nunca habian aprendido á obrar por amor á la virtud, sino solamente por temor y apremio. Además de los beneficios que aquí les hacía, abogaba calurosamente por ellos ante el Emperador. Procuró licencia para ir en persona á defenderlos allá, y no habiéndola alcanzado, escribió una carta casi exclusivamente con ese fin. En ella traza un vivo y doloroso cuadro de las miserias de los indios. Clama contra los servicios personales, el exceso del tributo, el alquiler forzado y la multitud de pleitos en que algunos estafadores los enredaban, como todavía sucede, para sacarles cuanto tenian. Se queja de que con el exceso del trabajo no les dejaban tiempo para recibir la doctrina, é iban por eso en decadencia las cosas de la religion, al mismo paso que la desploblacion de la tierra. Pide el remedio de todo con sentidas palabras, y dice: "Vasallos de V. M. son: la sangre de Cristo costaron: sus haciendas les han tomado: razon será que se duela de ellos, y pues están desposeidos